

Homilía de XXX Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo B)

“Maestro, que pueda ver”

Introducción

Las lecturas de este domingo giran en torno a la salvación. Comenzamos escuchando un pequeño fragmento de los oráculos del profeta Jeremías. Es un mensaje para la porción del Pueblo de Israel que vive desterrada en el extranjero. Para ellos tiene palabras de consuelo y esperanza.

En el salmo 125 el salmista da gracias a Dios porque ha cambiado la suerte de su pueblo, el cual está contento y feliz por todo el bien que Él le ha hecho.

El autor de la carta a los Hebreos nos dice que Jesús, como sumo sacerdote, puede ejercer su labor de mediación salvadora ante el Padre porque Él mismo le ha llamado para ello.

Y en el Evangelio según san Marcos hemos escuchado el pasaje de la curación de Bartimeo, el ciego de Jericó, alguien a quien Jesús hace feliz curándole y, sobre todo, transformando totalmente la vida.



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Jeremías 31, 7-9

Esto dice el Señor: «Gritad de alegría por Jacob, regocijaos por la flor de los pueblos; proclamad, alabad y decid: “¡El Señor ha salvado a su pueblo, ha salvado al resto de Israel!”». Los traeré del país del norte, los reuniré de los confines de la tierra. Entre ellos habrá ciegos y cojos, lo mismo preñadas que paridas: volverá una enorme multitud. Vendrán todos llorando y yo los guiaré entre consuelos; los llevaré a torrentes de agua, por camino llano, sin tropiezos. Seré un padre para Israel, Efraín será mi primogénito».

Salmo

Sal. 125, 1-2ab. 2cd-3. 4-5. 6 R/. El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres

Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sion, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares. R/. Hasta los gentiles decían: «El Señor ha estado grande con ellos». El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. R/. Recoge, Señor, a nuestros cautivos como los torrentes del Negueb. Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. R/. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando, trayendo sus gavillas. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 5, 1-6

Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a debilidades. A causa de ella, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy»; o, como dice en otro pasaje: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec».

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 10,46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, un mendigo ciego, Bartimeo (el hijo de Timeo), estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí». Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba más: «Hijo de David, ten compasión de mí». Jesús se detuvo y dijo: «Llamadlo». Llamaron al ciego, diciéndole: «Ánimo, levántate, que te llama». Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: «¿Qué quieres que te haga?». El ciego le contestó: «“Rabbuní”, que recobre la vista». Jesús le dijo: «Anda, tu fe te ha salvado». Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

Pautas para la homilía

Cuando en los Evangelios se da el nombre de un personaje al que Jesús hace el bien, es porque, con mucha probabilidad, esa persona pasó a formar parte de una comunidad cristiana. Por eso el evangelista conoce su nombre. Hay un conocido personaje de Jericó que se convirtió en discípulo de Jesús: el publicano Zaqueo (cf. Lc 19,1-10). Él se subió a un árbol para poder contemplar a Jesús. Y Éste le vio, fue a comer a su casa y le salvó de su vida de pecado.

Pues bien, el pasaje de hoy nos habla de otra conversión que tuvo lugar en Jericó. Es la del ciego Bartimeo, quien, como Zaqueo, también quería conocer a Jesús. Pero, en este caso, no se subió a un árbol, sino que se puso a vocear con todas sus fuerzas para llamar la atención. Y lo consiguió: Jesús, que estaba saliendo de la ciudad, se paró y pidió a sus discípulos que le trajeran a esta persona. Efectivamente, era tal el criterio de Bartimeo, que Jesús se dio cuenta de que estaba realmente interesado por verle, más aún, que estaba desesperado. Por eso le llamó.

Y entonces Bartimeo hace una cosa muy importante: «soltó el manto», que, probablemente, era casi lo único que poseía. Es decir, no tuvo reparos en quedarse sin nada para poder ver a Jesús. Y Él también se dio cuenta de eso. Jesús vio que Bartimeo fue capaz de desprendérse de todo con tal de verle. Tanto sus desesperadas voces como su desprendimiento radical hicieron ver a Jesús que ese pobre ciego creía en Él muy firmemente: Bartimeo no quería verle por mero capricho o buscando simplemente su curación. Jesús sabía que él buscaba algo mucho más importante, algo que sólo Dios le podía dar.

Por eso dice Jesús a sus discípulos: «llamadlo». No dice: «traedlo» o «buscadlo». El término «llamar» tiene un significado muy concreto en los Evangelios: Jesús nos llama a ser discípulos suyos, nos llama a formar parte de su Iglesia. Jesús no quiere limitarse a curar la ceguera de Bartimeo, quiere sacarle de su vida sin sentido para introducirle en un mundo nuevo: el Reino de Dios.

Y cuando llevan a Bartimeo ante Jesús, Éste le hace una pregunta: «¿Qué quieres que haga por ti?». Parece una obviedad: ¿qué otra cosa va a querer si no que le cure? Pero hay que tener en cuenta algo: la ceguera era una enfermedad maldita en aquella sociedad, porque pensaban que los ciegos habían sido castigados por Dios. Por eso, reconocer públicamente que uno es ciego, es reconocer que es un notorio pecador. Y es ahí a donde Jesús quería ir. Curarle la ceguera a Bartimeo no era más que una excusa para darle lo que realmente deseaba: la salvación. Entonces, Bartimeo, humildemente reconoce que está ciego y le dice: «Maestro, que pueda ver».

Jesús conocía la fe Bartimeo, pues había visto la desesperación con la que le llamó a gritos, la decisión con la que dejó su manto tirado en el suelo, la docilidad con la siguió a sus discípulos y la humildad con la que reconoció públicamente su ceguera. Por eso le dice: «Anda, tu fe te ha curado». La vida de Bartimeo había quedado paralizada no sólo por su ceguera, sino sobre todo por su conciencia de pecado. Bartimeo pensaba que había sido maldecido por Dios, y no había nada peor que le pudiera pasar a un judío. Por eso Jesús le dice: «anda», es decir, «vuelve a caminar normalmente en la vida, eres una persona querida por Dios».

Y acaba este pasaje diciendo: «Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino». En efecto, Bartimeo se convirtió en discípulo de Jesús y, más tarde, pasó a ser un conocido cristiano, pues su historia de conversión corrió de boca en boca por las primeras comunidades cristianas, llegando a oídos de los evangelistas, los cuales, inspirados por el Espíritu Santo, la incluyeron en los textos evangélicos.

Este pasaje nos deja varias interrogantes importantes para que recapacitemos y hagamos un examen de nuestra fe: ¿buscamos nosotros a Jesús con el ansia de este pobre ciego?, ¿somos capaces de dejarlo todo por ir al encuentro de Jesús?, ¿nos sentimos realmente llamados por Él? Y, lo más significativo de este pasaje: si Jesús nos preguntase qué queremos que haga por nosotros, ¿qué le diríamos? Bartimeo tenía muy claro qué era lo que más necesitaba. ¿Somos conscientes de lo que realmente necesitamos para salvarnos?

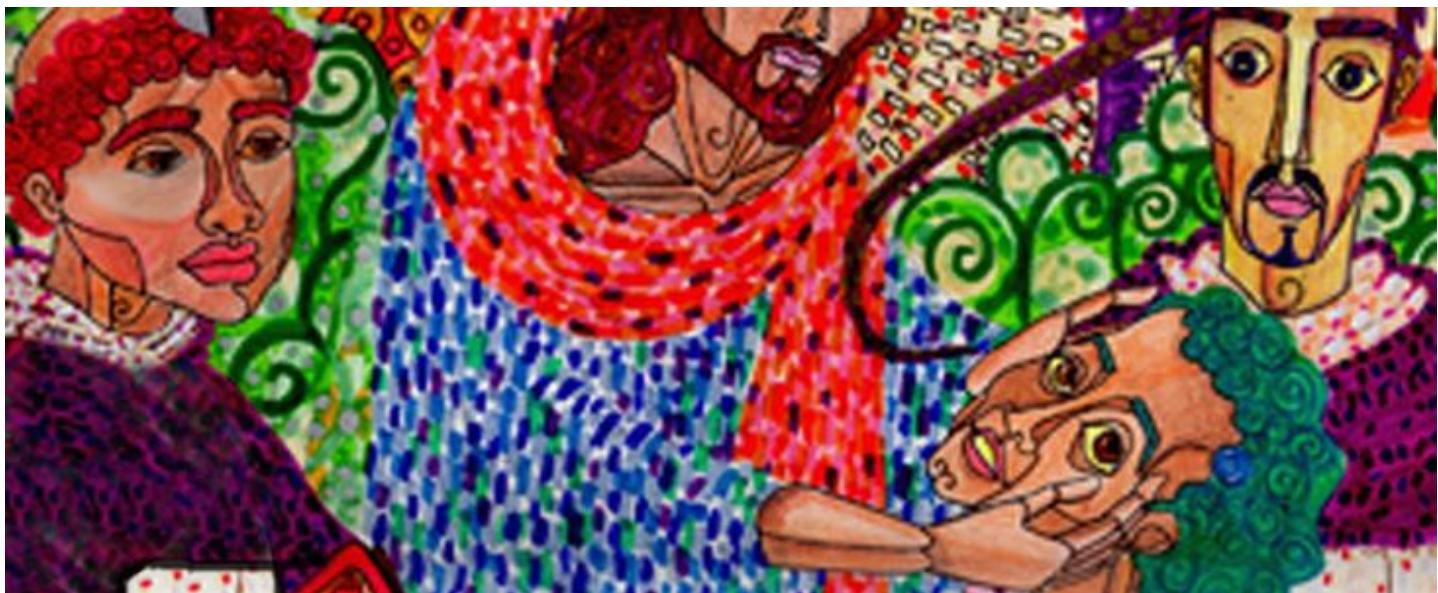
Hermanos, este pasaje toca lo más hondo de nuestra persona. Todos, de algún modo, estamos «ciegos». En todos nosotros hay algo que nos impide estar a bien con Dios. Todos necesitamos que Jesús nos ayude a convertirnos interiormente, es decir, a madurar espiritualmente. Pidámosle el valor y la humildad necesarios para decirle: «Maestro, que pueda ver».



Fray Julián de Cos Pérez de Camino
Real Convento de Predicadores (Valencia)

Evangelio para niños

XXX Domingo del tiempo ordinario - 28 de octubre de 2018



El ciego de Jericó

Marcos 10, 46-52

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: - Hijo de David, ten compasión de mí. Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: - Hijo de David, ten compasión de mí. Jesús se detuvo y dijo: - Llamadlo. Llamaron al ciego diciéndole: - Animo, levántate, que te llama. Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: - ¿Qué quieres que haga por ti? El ciego le contestó: - Maestro, que pueda ver. Jesús le dijo: - Anda, tu fe te ha curado. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino

Explicación

Este encuentro de Jesús con un hombre ciego y que además es pobre, nos ayuda a caer en la cuenta de que Jesús quiere que todos veamos y tengamos horizontes pudiendo vivir de nuestro trabajo y no dependiendo de lo que otros nos den. Cuando Jesús le llamó, él tiró el manto, se incorporó y le dijo que deseaba ver. Y Jesús le trasmitió tal fuerza que cuando recobró la vista le siguió, yendo detrás de Jesús.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

CIEGO: ¡Una limosna, hermanos, para este pobre ciego! ¡Una limosna, por caridad!

JUDÍO1: Toma, Bartimeo, poco es pero no llevo más.

JUDÍO2: ¿Eres el hijo de Timeo que le nació ciego?

CIEGO: Sí, yo soy, ¿dónde vais vosotros?

JUDÍO1: Vamos a Jerusalén a celebrar la fiesta de Pascua.

CIEGO: Dicen que Jesús de Nazaret está en Jericó, ¿sabéis algo de eso?

JUDÍO2: ¿Te has enterado ya de que en Betsaida curó a un ciego de nacimiento como tú?

CIEGO: ¡Claro! Todo lo que hace Jesús me interesa.

JUDÍO1: Pues he oído que también viene a Jerusalén a celebrar la Pascua.

CIEGO: ¿Jesús pasará por aquí?

JUDÍO1: Sí, parece que ya vienen él y sus discípulos.

CIEGO: ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

JUDÍO2: ¡Menudo jaleo estás armando! ¡Cállate ya y no alborotes!

JESÚS: ¿Quién es?

JUDÍO1: Parece un ciego, Maestro.

JUDÍO2: Se habrá enterado de que curaste al ciego de Betsaida y querrá que lo cures a él también.

JESÚS: Llamadlo.

JUDÍO1: Amigo, ven, Jesús te llama.

JESÚS: ¿Qué quieres que haga por ti?

CIEGO: Maestro, que pueda ver.

JESÚS: Anda ve, tu fe te ha curado.

CIEGO: ¡Veo, veo, Jesús me ha curado!

JUDÍO2: El Maestro siempre cura a los que tienen una fe muy grande.

JUDÍO1: ¿Vienes con nosotros a Jerusalén?

CIEGO: ¡Claro que sí! Iré al templo a dar gracias a Dios porque Jesús está con nosotros.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández